

DESEO LACTANTE:

Sexualidad y política en el *lactivismo* contemporáneo

Ester MASSÓ GUIJARRO

Universidad de Granada (España)

ester@ugr.es

SUCKLE DESIRE: Sexuality and politics in contemporary *lactivism*

Resumen: La lactancia materna ha sido parte de una narración patriarcal sobre la maternidad a lo largo de la historia del pensamiento occidental. Cuando dicha narración se vinculó a la razón capitalista, tras la revolución tecnoindustrial, dio como resultado una peculiar alianza con ciertos enfoques feministas reactivos, opuestos incluso, ante la práctica lactante. Sin embargo, bien lejos de una supuesta liberación femenina, dicha interpretación del hecho lactante en las corporalidades o parejas madre-bebé supone una asunción acrítica del dominio cultural patriarcal/capitalista sobre el cuerpo lactante (como precario, diverso, desviado de la norma individualista), de un lado, y un acrítico olvido de las poderosas implicaciones sexuales-políticas que posee la relación lactante y que la emancipan de la sexualidad adulta (falocéntrica, coitocéntrica) sometida a los varones, de otro lado. Así, el reconocimiento del *deseo* presente en las corporalidades lactantes, con una doble vertiente de intimidad y de política, se reclama como la descolonización del imaginario sobre la lactancia hasta el presente.

Abstract: Breastfeeding has been part of a patriarchal narrative about motherhood throughout the history of Western thought. When this patriarchal narrative was linked to the capitalist reason after the current industrial and technological revolution, did result in a unique partnership with certain feminist approaches, reagents and even opposite to breastfeeding practice. However, far from a supposed female liberation, this interpretation in infant corporalities or mother-baby pairs implies an uncritical assumption of the cultural domain patriarchal / capitalist on infant body (as precarious diverse, individualistic deviant), on one and; on the other hand, an uncritical oblivion of the powerful sexual-political implications of the nursing relationship, that emancipate it from adult sexuality (phallogentric, coition-centric) controlled and subordinated by men. Thereby, the recognition of desire present in infant corporalities, with two aspects of intimacy and politics, is claimed as the decolonization of the imaginary on breastfeeding to the present.

Palabras clave: Lactancia Materna. Corporalidades Lactantes. Dicotomías Patriarcales-Capitalistas. Narraciones Culturales. Descolonización Del Imaginario Lactante
Breastfeeding. Suckling Corporalities. Patriarchal-Capitalist Narrations. Decolonization Of The Lactation Imaginary

A modo de previo: eyecciones y fluidos, cuerpos y géneros, liberaciones y prohibiciones¹

Aproximadamente la mitad de la humanidad (especie *homo sapiens*) está provista de órganos llamados mamas que poseen determinada capacidad o función, a saber, eyectar leche (ello es análogo, por ejemplo, a la eyección de otro fluido, en este caso semen, que constituye la capacidad de otro órgano llamado pene, éste presente en aproximadamente la otra gran mitad de la especie). Por una cuestión evolutiva, dicha eyección láctea, si no es entorpecida culturalmente, suele resultar de gran agrado para las personas que involucra. Por otro lado, renunciar a dicha eyección láctea implica aumento de ciertos riesgos fisiológicos relevantes para la persona dueña de las mamas, como mayor incidencia de determinados cánceres u osteoporosis.

Sin embargo, curiosamente, la especie biocultural² *homo sapiens*, y especialmente dicha aproximada mitad (la que tiene mamas, no la que tiene pene), ha terminado por concluir que optar por renunciar a la mencionada eyección (de leche, no de semen) constituye una opción ideológica³ que contribuye a la liberación y aumento del bienestar de este grupo.

¿Habría sucedido igual si los dueños de las mamas hubieran sido hombres, en una evolución social mayoritariamente patriarcal?

Pensemos en otra analogía posible. En nuestra sociedad española las personas que asumen un cargo político deben tomar una excedencia en su trabajo, excedencia que está absolutamente cubierta a efectos legales: se guarda, durante los años que dure el servicio (así sean dos o veinte), empleo y puesto. Además, mientras tanto, el Estado paga un sueldo a estas personas por asumir dicho cargo político. Estas personas que han hecho “política” han sido, hasta fechas recientes, mayoritariamente hombres.

Cuando una persona toma una excedencia por cuidado parental, el estatuto general de los trabajadores reconoce solo un año de guarda de empleo y puesto, y hasta tres de empleo (no de puesto). Mientras está cuidando, no recibe por parte del Estado ningún estipendio económico (esto, como sabemos, no es así en países como Austria o Suecia, que además cuentan con otros indicadores de género bastante ilustrativos, como las altas tasas de mujeres en puestos representación). Estas personas que han hecho “cuidado” han sido, y siguen siendo casi siempre, mayoritariamente mujeres.

Si el cuidado lo hubieran asumido tradicionalmente hombres, ¿estaría la excedencia por cuidados tan exigüamente cubierta, frente a la excedencia por cargo político, por ejemplo? ¿O es que nos parece más importante la política partidaria que el cuidado de las criaturas humanas, en sus primeros años donde se forman las bases (emocionales, neurológicas) de la personalidad que luego ejercerá la futura ciudadanía?

Aquí hemos dado un salto grande de lo íntimo y corporal a lo político y social, ya que, como veremos en las reflexiones que siguen, la cuestión de las mamas, de quién las tiene, qué hace con ellas y como deja fluir o no sus eyecciones, en función de qué le reconoce o su propio entorno, además de constituir actos sexuales e íntimos, devienen decisiones profundamente políticas y éticas.

Pensar intelectualmente suele implicar hacer preguntas, si no adecuadas, al menos incómodas. Así, empezaremos formulando algunas interrogantes incómodas. Lactar implica la eyección (o eyaculación) de un fluido corporal, en su definición más roma. Implica también, de modo estructural, una *relación*: el fluido en sí está principalmente destinado a su consu-

1 Este texto es parte de un trabajo en proceso más amplio. Lo que se ofrece es una selección sucinta de algunas de las fundamentales reflexiones a las que está dando lugar la investigación en curso.

2 Concebimos aquí la lactancia humana desde una perspectiva *biocultural*, siguiendo la estela de la obra de Stuart-Macadam y Dettwyler (1995).

3 Hay multitud de referencias al respecto. Para el panorama español, ver por ejemplo Esteban (en Imaz, 2010: 323).

mo por parte de una criatura que ha producido el cuerpo lactante; para que dicho consumo se dé satisfactoriamente, es precisa una relación sensual muy estrecha entre las dos personas lactantes (la que eyecta y la que succiona). A ello lo llamamos “corporalidad lactante”: la relación entre los dos cuerpos lactantes.

Se trata también de un acto culturalmente marcado, que ha acarreado todo un mundo de interpretaciones y prácticas. En su devenir, ciertos sectores sociales y personas se han cuestionado el hecho de esta *eyección láctea*. Se puede plantear este problema en el marco, por ejemplo, de la crítica de la *naturalización* del cuerpo femenino desde el rechazo del esencialismo; así, pareciera que presuponer un “destino” lactante en la madre se asociaría necesariamente a realidades como opresión, sufrimiento de algún tipo o menoscabo de derechos.

Sin embargo, ¿cuándo y qué discurso se ha planteado jamás la eyección, o eyaculación, de semen por parte del cuerpo masculino, por ejemplo? Al menos, no ha habido discursos públicos y hegemónicamente legitimados que hayan defendido o promovido, para los hombres en general (cuerpos masculinos o, estrictamente, cuerpos “con pene”, personas con identidad cultural masculina, etc., fuera heterosexual, homosexual, bisexual o transexual), la renuncia a *eyacular semen desde su pene* (salvo en los casos de transexualidad que hayan implicado, por otros motivos o preferencias, una extirpación de pene⁴), *por motivos de su propia promoción personal y política*. Nadie ha cuestionado nunca la conveniencia de evitar eyacular semen por la liberación del dueño del pene (dejando a un lado, en fin, los discursos religioso-salvíficos, represores de la sexualidad en sí misma y en todas sus formas salvo la estrictamente reproductiva).

¿Por qué? Porque no era preciso hacerlo para sentirse libre, para ejercer virtualidades y capacidades en una determinada sociedad.

Qué eyección de qué fluidos (y sus consecuencias) sean objeto de debate político no es una cuestión baladí. Como tantas otras, hunde sus raíces en el patriarcado. Lo que deseo, pues, es reclamar la reflexión sobre la lactancia materna y lo que puede involucrar desde perspectivas nuevas, otearlo desde otros lugares (otros *balcones epistémicos*) y notar qué resultados obtenemos. Así, partiremos de asumir que la lactancia materna como hecho social total, o bien las *corporalidades lactantes* (el binomio relacional que se establece entre dos personas lactantes: madre y criatura, y el *coro relacional* a su alrededor que lo hacen posible), han constituido históricamente ejemplos notorios de *corporalidades no hegemónicas*, y en esa medida han proliferado las pautas de relación social donde no se ha privilegiado de forma específica tal realidad. Y, cuando el feminismo llegó para salvarnos, asumió de modo acrítico, por lo general, esta dominación simbólica secular.

La persistencia a lo largo de siglos de la figura de las nodrizas, por ejemplo, para amamantar a la prole de las clases altas, o del biberón cuando la tecnología occidental lo comercializó y popularizó, son ejemplos notables de cómo el hecho lactante no ha sido, históricamente, una realidad asociada al prestigio social o a la consideración económica incluso que hoy se defiende desde distintos lugares (Waring, 1994: 237). Dicho de otro modo, estar lactando crea una alteración de la normatividad individualista moderna para con el propio cuerpo: altera la condición de un cuerpo cerrado, exento, que solo se *debe* a sí mismo (por ende, un cuerpo sin pechos con capacidad de eyectar leche nutricia para otro cuerpo análogo).

La transmisión de leche en la relación de corporalidad láctea supone, así, una extensión de la interdependencia fisiológica que sucede también en el embarazo; supone una

4 No olvidamos tampoco los casos de castidad escogida propia de muchos cultos religiosos (el voto de castidad católico, la *brahmacharya* hindú, etc.), o incluso las prácticas tántricas que deslindan el orgasmo masculino del acto de eyacular. Sin embargo, no considero que estos ejemplos sean relevantes a modo de analogía con la lactancia porque en ningún caso las razones que los originan poseen siquiera parecidas raíces a las que originan la concepción patriarcal de la lactancia.

extensión de la ruptura de los límites individualistas entre cuerpos. Como ha reflexionado la filosofía y ha documentado la etnografía, “[...] el espacio del cuerpo es objeto de un número impresionante de prescripciones y prohibiciones” (Augé, 2004: 54); en esa medida, la *equivocidad* en los cuerpos lactantes, el desvanecer de los límites corporales que sucede inevitablemente en la relación lactante, desafían paradójicamente el sistema occidental de unicidad, univocidad e individualismo asociado a lo corpóreo, desarrollado por el dualismo cartesiano (y sus herencias) y también, hoy, prescrito por la economía neoliberal y la maximización de la producción material.

En un trabajo anterior (Massó Guijarro, 2013) he comparado el experimento de Preciado (2008) en *Testo yonki* con la cuestión lactante. Como precisa la misma Preciado, uno puede ser yonqui de cualquier cosa no regulada por el estado... como la leche materna. Las lactivistas, por su parte, se *chutan* de forma más económica y menos llamativa generando sus propias hormonas a través del parto fisiológico⁵ y la práctica lactante. En la fase expulsiva de un parto natural, por ejemplo, el cuerpo alcanza los niveles más altos de oxitocina (la potente “hormona del amor” presente en los orgasmos) posibles a lo largo de una vida humana. Y durante el período lactante la persona está recurrentemente inundada de prolactina, oxitocina y endorfinas⁶. Estos modos escogidos de chute autogenerado, por llamarlos de algún modo, son en cambio a menudo incluso denunciados desde ciertos feminismos como retrocesos conservadores (¿romantizaciones? Perdón por usar nuestro cuerpo...), por ejemplo, frente al uso de la anestesia epidural o incluso la cesárea programada sin motivos médicos. Este uso escogido, esta libre agencia del pecho, esta apropiación y resignificación cultural de la lactancia que tiene, como cualquier hecho humano análogo, un soporte fisiológico de eyección de un fluido, ¿por qué ha de ser menos revolucionaria que la testosterona en gel de Preciado, entre otros ejemplos posibles?

¿Por qué las hormonas más presentes en los cuerpos de estas madres, sus picos de oxitocina y prolactina, son menos revolucionarias que la testosterona? ¿No será que, una vez más, lo que ha sido propio de la mujer desde antiguo se desconsidera e infravalora, inadvertidamente a menudo, como ha sido habitual en los análisis androcéntricos? De hecho, si reparamos en las típicas conductas relacionadas con la mayor segregación de unas u otras hormonas, comportamientos como la cooperación y la empatía se vinculan en mayor medida con las hormonas más frecuentes en cuerpos de mujer, y viceversa: a mayor testosterona, mayor agresividad. No pretendo hacer aquí un análisis de correspondencias fisiológico-sociales-comportamentales de hormonas, sino llamar la atención sobre qué asunciones manejamos pasándonos a menudo desapercibidas. En aras de experimentar, ¿por qué no hacerlo con otras hormonas más social y ecológicamente sostenibles?

¿Por qué nadie, en fin, se unta oxitocina como acto ideológicamente subversivo y sí testosterona?

Cuerpos lactantes, corporalidades disidentes

“La palabra *poder* está repleta de significados para las mujeres” (Rich, 2001: 26).

5 La terminología sobre el parto requiere también una revisita epistemológica importante, que ya se está afrontando desde distintos frentes. Brevemente, la expresión hasta ahora más generalmente usada de “parto natural” para referir a un parto sin intervenciones puede ser justamente impugnada por generar una ilegítima naturalización; se opta a menudo, frente a ella, por parto “fisiológico” o parto “normal”.

6 Los bebés y/o criaturas lactantes reciben, por ejemplo, el componente L-triptófano, un opiáceo natural, presente en la leche de su madre (y más concentrado durante la noche que durante el día, para favorecer el sueño y la adquisición del ritmo circadiano propio de mamíferos diurnos; sucede el ritmo inverso en mamíferos nocturnos como los roedores).

Hablar de lactancia implica regresar al cuerpo, darse permiso para no negar la propia corporalidad, y ya que, como precisa Adrienne Rich (en Imaz, 2010: 87): “el cuerpo ha terminado siendo tan problemático para las mujeres que a menudo han preferido prescindir de él y viajar como un espíritu incorpóreo”. No para las mujeres en general sino, sobre todo, para ciertas mujeres y ciertos feminismos. Pocos campos hay tan patriarcalmente colonizados en el imaginario colectivo occidental como la lactancia materna. Probablemente no sea casualidad que se trate de una realidad corporal ligada a la maternidad y, sobre todo, a los cuerpos de *quienes no son hombres*.

Y, ¿por qué es fácil escamotear la lactancia en el pensamiento especulativo? Creo que, porque, en principio, parece algo obvio, algo simple, autoevidente, vinculado solo a la nutrición y lo fisiológico. Lo primero que cualquier persona observadora, investigadora o interesada percibe en el *hecho total* de la lactancia materna es el factor del *consumo*, de que supone un alimento fisiológico para el recién nacido. Así, este tema parece en primera instancia asunto de las ciencias de la salud. Y así ha sido casi siempre, efectivamente. La filosofía nunca se ha ocupado de la lactancia materna; las ciencias sociales y humanas lo han hecho en alguna medida mayor, ciertamente, pero son marginales y minoritarios los casos que no se aproximan a este estudio asumiendo un prejuicio androcéntrico de base que pasa desapercibido.

Por qué la lactancia no haya sido objeto de estudio de la filosofía se debe, a mi juicio, principalmente a dos razones. La primera y fundamental, el sistema social del patriarcado (y el androcentrismo en el pensamiento): algo tan propio y específico de mujeres, especialmente de *cuerpo* de mujeres (es decir su *naturaleza*), no es ni puede ser un asunto de interés filosófico, *per se*. Punto: se trata de la naturaleza, no hay más que hablar. Veremos, sin embargo, que la lactancia humana es cultural, como todo lo humano, y limitarla a la naturaleza supone un reduccionismo.

La segunda razón, tal vez más anecdótica en principio pero que ha condicionado fundamentalmente el enfoque de la lactancia materna hasta nuestros días, es una razón práctica: intuitivamente, como decíamos, la lactancia materna implica un fluido que pasa de la madre al bebé y lo *alimenta*, algo observable además en otras especies mamíferas, lo que convierte este fenómeno en objetivo de estudio, de modo automático, para la “zoología humana”, las ciencias de la salud, la enfermería o la medicina, entre otras.

La lactancia materna humana, como tantas otras esferas femeninas, ha sido un pasto abonado para el control patriarcal, y es por ello necesario reconocerla como un espacio simbólico-práctico, todo un imaginario cultural, susceptible de ser descolonizado. La lactancia nunca ha sido un espacio de agencia libre para madres y criaturas sino que ha sido culturalmente confinado según los valores de cada época, que siempre han sido patriarcales. Así, ha existido siempre un cúmulo de prescripciones morales y técnicas hacia la lactancia, en general destinadas a controlar su ejercicio y ancladas, siempre, en una consideración menoscabada de su valor como actividad humana *femenina*. Así, qué pechos (tamaños, forma, posición, color) dan mejor o peor leche, qué prácticas maternas hacen que dicha leche empeore o no, qué lugares geográficos son mejor o peor para tener mejor o peor leche (pensemos en las nodrizas pasiegas), constituyen ejemplos notorios de este tipo de prejuicios (Hernáiz Gómez; Saiz Puente, 2010).

Hoy, por cierto, la ciencia experimental (que en otros aspectos puede suscitar muchas críticas) ha confirmado que todas las leches de todos los pechos de todas las mujeres de todas las geografías son *buenas*, es decir adecuadas para el propio bebé, con apenas levísimas variaciones insignificantes, y sin comparación posible con ninguna leche de fórmula. No deseo, sin embargo, centrar este discurso en la cuestión de índole más fisiológica vinculada a la nutrición y la reproducción humanas, si bien son fundamentales y las trato en otros momentos de mi investigación. Aquí deseo centrarme en la vinculación de la lactancia materna con la sexualidad humana y la revisión sobre el binarismo de género en relación al deseo.

Mi propuesta, siguiendo la poderosa estela contemporánea sobre la descolonización del pensamiento, presenta la *descolonización del imaginario* que supone el reconocimiento del *deseo lactante*, presente en la corporalidad lactante (o parejas lactantes madres-criaturas), con una doble vertiente de intimidad y de política; todo lo personal es político evoluciona, aquí, en la proclama de que también *todo lo sexual es político*. La descolonización del imaginario es especialmente patente en el movimiento sociopolítico del *lactivismo*⁷ contemporáneo por las siguientes razones fundamentales.

En primer lugar, la lactancia materna supone, en tanto que campo de estudio, una encrucijada interseccional especialmente útil para cuestionar las dicotomías occidentales básicas “naturaleza-cultura” y “emociones-racionalidades”, ya que en sí misma implica una realidad *biocultural* donde las pulsiones y los deseos se vinculan intrínsecamente a las racionalidades, políticas y narrativas culturales vigentes en cada época (de cuño patriarcal la mayor de las veces, por supuesto, en contextos occidentales). Permite, así también, repensar muchos lugares comunes del feminismo.

En segundo lugar, la lactancia materna ha sido parte de una narración patriarcal sobre la maternidad a lo largo de la historia del pensamiento occidental, lo cual, cuando se vinculó a la razón capitalista tras la revolución industrial y tecnológica contemporánea, dio como resultado una peculiar alianza con ciertos pensamientos feministas reactivos, opuestos incluso, ante la práctica lactante. Dicho de otro modo, cierto discurso feminista sostiene que, en tanto que la lactancia ha sido una práctica femenina por antonomasia, por ello desprestigiada y (aparentemente) limitadora de derechos públicos en tanto que constreñida a lo doméstico, entonces la promoción de las mujeres, como más allá de madres, debe implicar un cuestionamiento crucial de esta realidad (reducida a lo fisiológico-nutricional por muchos de estos enfoques).

Sin embargo, bien lejos de una supuesta liberación femenina, dicha interpretación del hecho lactante en las corporalidades o parejas madre-bebé supone una asunción acrítica del dominio cultural patriarcal/capitalista sobre el cuerpo lactante (como precario, diverso, desviado de la norma individualista), de un lado, y sobre las poderosas implicaciones sexuales-políticas que posee la relación lactante y que la emancipan de la sexualidad adulta (falocéntrica, coitocéntrica) controlada por y sometida a los varones, de otro lado. La aquiescencia más plena de esta dominación es la aceptación de la dominación *simbólica* del hecho en sí, a saber: dar por bueno que los actos de gestar y amamantar suponen necesariamente, por ellos mismos, una subordinación, y no por una cuestión de coyuntura histórica del patriarcado. Y que tal coyuntura es la que debe ser desarticulada.

Como denuncia Rich (2001: 26): “[...] el falso poder que la sociedad masculina ofrece a unas pocas mujeres, con la condición de que lo usen para mantener las cosas tal y como están y que piensen fundamentalmente ‘como hombres’”. Tantos discursos feministas que proponen la renuncia a la eyección de leche por parte de los propios pechos, incluso como

7 “Lactivismo” es el activismo por la lactancia materna, que puede adquirir diferentes dimensiones sociopolíticas, desde el activismo individual con la propia criatura y el entorno más cercano, hasta la militancia organizada en grupos de apoyo a la lactancia y crianza, tanto autogestionados, locales y a pequeña escala como a gran escala, federados en agrupaciones transnacionales como la pionera estadounidense La Leche League. El lactivismo constituye un movimiento polimorfo y multicéntrico, o mejor dicho descentralizado; a menudo no se denomina de este modo, llamándose solamente “movimientos en apoyo a la materna”, por ejemplo. Existe incluso una vía para la profesionalización en la figura de las consultoras de lactancia internacional, pero dichas personas suelen trabajar de modo altruista, con lo que tal profesionalización no puede asimilarse por ejemplo a la transformación de la cooperación internacional de voluntariado a técnica laboral. El lactivismo, por todo ello, amerita un estudio específico como movimiento que mixtura de modo especialmente relevante e innovador lo personal y lo político, con una clave de género ecofeminista crucial.

Véase, por ejemplo, Faircloth (2011).

una afirmación ideológica (Esteban, en Imaz, 2010: 323)⁸, concurren, precisamente, en este “pensar como hombres” que lúcidamente dice Rich.

El título para este trabajo, “Deseo lactante: sexualidad y política en el *lactivismo* contemporáneo”, pretende precisamente mostrar la doble vertiente del “deseo lactante”: por un lado, en su sentido de pulsión sexual y sensual; por otro lado, en su sentido de lucha política y social por la búsqueda del reconocimiento, que ejercitan los grupos de apoyo a lactancia que se ha dado en llamar “lactivismo contemporáneo”. Es decir, al modo de las reivindicaciones de diversidad funcional o de género en nuestra sociedad, el lactivismo hoy busca visibilizar y legitimar en el espacio público, a través de una reivindicación política, otras formas de identidad y deseo, así como de otros modos aceptables de funcionamiento orgánico y corporal: unos modos que admitan la eyección de leche no solamente en el ámbito del hogar; que incorporen al PIB la creación de valor y riqueza que supone el amamantamiento (Waring, 1994); que provean de dispositivos sociales de apoyo real a las personas que desean amamantar (lo que no sucede de facto, pese a las recomendaciones paternalistas que hallamos en los carteles de los centros de salud o en las consultas de los pediatras); que admitan como socialmente deseable la interdependencia esencial que sucede entre los cuerpos lactantes; que superen el adultocentrismo en la consideración de los intereses de los agentes/pacientes morales (Massó Guijarro, 2010).

Además sostenemos, finalmente, que la práctica lactante es un campo especialmente útil para revisar y desafiar el binarismo de género en relación al deseo. Prefiero hablar de “madres lactantes” en lugar de “mujeres lactantes”, ya que la lactancia humana no es solo ni necesariamente un asunto de las *mujeres* en cuanto al género: una persona que no se considere mujer en un sentido tradicional y heteronormativo puede escoger ser lactante. Así, pretendemos desligar del imaginario colectivo la capacidad de eyectar leche y desarrollar corporalidades lactantes con la criatura que se ha parido (u otra distinta⁹), de una identidad femenina tradicional y monolítica. Por ejemplo, una persona transgénero, con un cromosoma xx, con útero, ovarios y pechos, que desee reproducirse biológicamente y amamantar a su criatura, es en esa medida *lactante*, pero no es una mujer, con el contenido de género cultural tradicional que ha implicado. Esta consideración no es baladí, sino que abre el margen de las atribuciones tradicionales sobre las mujeres lactantes. En este sentido, el marco táctico donde se ubica la presente investigación se halla a medio camino entre ciertos ecofeminismos y, sobre todo, el posfeminismo rubricado por Butler¹⁰.

Finalmente, ¿por qué suelen ser tan enconados los debates sobre lactancia, especialmente entre los diversos enfoques y foros feministas (o simplemente femeninos)? Porque, entre otros aspectos, amamantar tiene que ver a partes iguales, a la vista de su propia historia, con la sexualidad y con el poder. Como señala Rich (2001: 43): “La hondura de la rabia y el miedo de las mujeres con respecto a la sexualidad y su relación con el poder y el dolor son reales [...]”.

Mamar, sexo, género, política

“Cuando una mujer amamanta, todos los efectos de la ‘hormona del amor’ se dirigen hacia el bebé, que se convierte en el objeto de su amor” (Odent, 2007: 132).

⁸ También notable la interpretación al respecto de Lagarde (2011: 396).

⁹ En este sentido resultan de gran interés las prácticas de lactancia en parejas de lesbianas y los mutuos hijos biológicos, por ejemplo, o la lactancia con criaturas de hermanas o amigas, mucho más frecuente en sociedades no occidentales como las africanas.

¹⁰ Metodológicamente la investigación en curso se nutre de la etnografía (observación participante, entrevistas, grupos de discusión) para la aproximación empírica, imprescindible en aras de dotar de cuerpo y realidad al enfoque epistemológico que asumimos. Para abundar en ello, ver Massó Guijarro (2013).

“El reconocimiento de que la sexualidad primaria es una sexualidad maternal, cóncava y no falocéntrica, no habría permitido una interpretación del mito de Edipo en los términos del Complejo de Edipo [...] No nacemos con complejos de Edipo, ni con castraciones; no nacemos con carencias, sino con una enorme producción de deseos, de deseos maternos, que bien pronto se estrellan contra las pautas y los límites establecidos por las normas patriarcales” (Rodríguez Bustos, en Medina Hernández, 2009).

¿Mamar –o parir- es una cuestión sexual? Si no es sexual, ¿qué es? ¿Cómo definimos la sexualidad humana? La gestación, el parto y la exterogestación, a través de la lactancia materna, constituyen aspectos sexuales para la persona madre; es decir, forman parte de su sexualidad. Está muy asumido generalmente que la concepción implica sexualidad, por razones evidentes. No tanto lo anterior. No es una realidad muy ampliamente conocida, y menos en un contexto occidental de profunda castración sexual judeocristiana, el hecho de que el parto sea una experiencia sexual para la mujer, susceptible por cierto de violencia y subordinación (como sucede en la mayoría de paritorios hoy, por ejemplo¹¹), o de que exista una dimensión sexual en la lactancia. Embarazo, parto y lactancia han sido (y son) espacios privilegiados de confinamiento simbólico y de control corporal y social sobre las madres.

La exterogestación es una continuación necesaria de la gestación ya que el ser humano nace prematuro, constituyendo la especie más altricial (lo que se relaciona en proporción directa a la evolución de su neocórtex). Esta exterogestación sucede de forma primordial a través de la lactancia materna, y ella es tan sexual como lo fue la concepción de la criatura que involucra, pero sus categorías sexuales se revelan tan diferentes de lo habitualmente asumido (especialmente en el mundo occidental), tan distantes del código binario heterosexual y de las asunciones básicas sobre el deseo, que pasa desapercibida, finalmente, como sexualidad. Hablamos de una sexualidad no falocéntrica ni heterosexista, ni tampoco homosexista, sino, más bien, pre-generizada (previa a la decantación cultural en determinados géneros desde la primigenia sexualidad) y mucho más holística (*cóncava*, como se citó más arriba). El término “erotismo”, definido por el DRAE como “amor sensual”, acaso sea incluso más preciso para definir el tipo específico de sexualidad presente en la lactancia.

También Adrienne Rich, desde una perspectiva bien distinta, apela a los factores sexuales y sensuales (eróticos) presentes en la lactancia: “[...] todas las mujeres – desde la criatura que mama del pecho de su madre, a la mujer adulta que experimenta sensaciones orgásmicas cuando da de mamar a su bebé, recordando tal vez el olor de la leche de su madre en la suya [...]” (Rich, 2001: 68). Y, en función de ello, denuncia la “negación de la sensualidad materna y posmenopáusica” (Rich, 2001: 62) como uno de los ejercicios clásicos de poder masculino de negación de su sexualidad específica a la mujer.

Dialogando con el pensamiento de Julia Kristeva, afirman Cornell y Thruschwell (1990: 223): “Con la maternidad pueden las mujeres aprender a relacionarse con otro de forma no dominante sin caer en la trampa de abandonar su propia identidad”. Hablan también de la multiplicidad de las voces marcadas sexualmente, y que en ellas: “La relación no sería asexual, lejos de ello, pero sería sexual de otro modo [...]” (Cornell y Thruschwell 1990: 241).

A la luz de todo ello, pienso que una de las razones por las que resulta tan difícil e incómodo aceptar estas realidades de la lactancia materna es porque emancipan absolutamente la sexualidad de la madre con respecto de una sexualidad falocéntrica y normativa. Se subs-

11 Cfr. <http://www.youtube.com/watch?v=kR8j9cmShUE>. Existen, de hecho, ya hoy grupos preocupados por esta cuestión e incluso un proyecto de investigación sobre la llamada “violencia obstétrica”

tituye el objeto-sujeto de deseo, trasladándose del hombre adulto a la criatura bebé, y eso remueve en lo profundo multitud de asunciones básicas en nuestras sociedades occidentales: sobre el control patriarcal, sobre el adultocentrismo. No solo el deseo materno se transforma y se distancia de la posible pareja adulta, sino todo su cuerpo y su disponibilidad sexual. Durante el proceso de lactancia, madre y bebé están ligados emocional y físicamente de un modo análogo a como lo están dos personas “hormonalmente” enamoradas, por así decir, en una primera fase de cortejo. Además, la libido de la madre lactante desciende durante la lactancia hasta niveles hormonales postmenopáusicos, lo que la aleja todavía más del deseo de relaciones sexuales-genitales con una pareja adulta. Su sexualidad se orienta al bebé¹².

Tradicionalmente, en la mayoría de sociedades las clases altas pagaban los servicios de nodrizas para que la madre biológica no amamantara. A menudo se ha querido ver en ello que, siempre que se lo ha podido “permitir”, la persona con mamas opta por delegar su uso fisiológico, cuando se presenta la ocasión (tras un embarazo), en otras personas. Sin embargo, el motivo real de dicha opción no se debía a que esta madre se “liberara” de la lactancia para dedicarse a estudiar ciencias políticas o acudir a recitales poéticos. El fin de la opción por la lactancia mercenaria era que la esposa se hallara lo antes posible, de nuevo, disponible sexualmente para el marido en aras de otra pronta concepción, destinada a asegurar (y dada la alta mortalidad infantil) la futura herencia del patrimonio familiar (Hernaiz Gómez y Saiz Puente 2010). Es decir, se trataba de una forma diversa de control sobre el cuerpo y la reproducción femeninos. Así, una lectura bien distinta de la de “la madre rica se liberaba cuando podía de este yugo” es la de que la madre rica era privada del placer sensual de amamantar y convivir corporalmente en estrecha relación con su bebé, en aras el interés mayor de volver a concebir pronto para, nuevamente, volver a ser tempranamente privada de la criatura por los mandatos sociales de cuño patriarcal. En todo ese proceso, nadie consideraba que lactar pudiera ser algo bueno o placentero, algo deseable o que contribuyera a la salud materna; como mucho, era un “mal necesario” para la sobrevivencia de las criaturas humanas.

El cuerpo lactante se distancia, por otro lado, del ideal preponderante de un cuerpo con pechos destinados primordialmente a la excitación y el uso por parte del varón. Como ha precisado Palmer (2011: 62ss), la dominación que supone hacia la mujer una restricción cultural de la lactancia solo es comparable al vendado de los pies femeninos en la antigua China: es decir, se asume como normal una constricción de una función orgánica sumamente beneficiosa para la madre en aras de otro tipo de supuestos valores, que a menudo son el deseo de preservar el pecho para el varón¹³, del mismo modo que en aquella sociedad se asumía como normal la constricción de los pies y el compromiso evidente de su salud orgánica básica, para preservarlos –deformados– como objeto de deseo para el varón. Palmer se ha preocupado en estudiar en qué medida afecta el no amamantamiento tanto a la madre como al bebé, y los efectos son incluso más perniciosos a largo plazo que un pie deformado por un vendaje:

“Aunque que cualquier parte del cuerpo de una mujer puede ser un foco de erotismo, nuestra era es la primera en la historia registrada en la que el pecho ha

12 “Lo peor del chupete o del biberón no es que el pezón sea de plástico, sino el cuerpo que falta detrás del chupete o biberón. Lo peor no es que la leche artificial nutra peor o proteja menos; lo peor es que **rompe la relación libidinal**. En la maternidad, el ritmo del mundo visceral tiene que convertirse en un **ritmo unísono de dos seres en simbiosis**, un ritmo simbiótico. Como dice Gabriela Mistral, hemos de mecer nuestra carne para mecer la de nuestros hijos” (Casilda Rodríguez Bustos, en Medina Hernández (2009)) [las negritas son mías].

13 O bien para constreñir el cuerpo materno al servicio de la sacrosanta producción capitalista. Un cuerpo cuya aparente no productividad económica se prolonga en el tiempo, deviene un cuerpo no deseable en una sociedad capitalista. Este constituye otro gran flaco argumentativo susceptible de ser trabajado: la dimensión de riqueza productiva no reconocida ni computada en la lactancia materna.

llegado a ser un fetiche público para la estimulación sexual masculina, mientras su función primaria ha disminuido a gran escala. Quizás el único paralelismo sea el fenómeno del vendado de pies en China, cuando el uso primario de una parte del cuerpo fue sacrificado para servir la cultura de fetichismo sexual que celebraba la impotencia femenina. En el siglo XX, las mujeres fueron presentadas en una ilusión de liberación a través de la alimentación artificial de los bebés, solo para encontrar sus pechos apropiados por los hombres y la cultura popular. Esto continúa en el siglo XXI” (Palmer, 2011: 2-3) [la traducción del inglés es mía]).

Curiosamente, es Preciado (2008) quien afirma que el capitalismo actual se sostiene sobre las dos formidables industrias de la pornografía y la industria farmacéutica. Ambas, pornografía e industria farmacéutica, se dan de bruces con la lactancia. La industria farmacéutica ha desarrollado la leche de fórmula, que atenta de forma estructural contra la lactancia materna. Por otro lado, la lactancia prolongada supone un importante descenso de los fármacos que la madre y el bebé habrían estimativamente de tomar durante años, en caso de haber optado por la fórmula. Así, podemos afirmar sin riesgo de error que la industria de la leche de fórmula presenta intereses encontrados de forma grave e irresoluble con la lactancia humana. En cuanto a la pornografía¹⁴, se sostiene en concepciones de la sexualidad que fetichizan los pechos femeninos como objeto de deseo masculino, lo que de nuevo compromete sin ambages la faceta láctea (Waring, 1994: 240ss). Además, suele promocionar una imagen de la mujer desde la absoluta y entera disponibilidad sexual, con una libido permanente; ello es de nuevo incompatible con la pulsión libidinal en las corporalidades lactantes, donde la sexualidad adquiere otras formas y deseos.

Se vindica, pues, el aspecto profundamente *erótico* de la lactancia materna, en tanto que práctica sexual del cuerpo femenino, como parte del ciclo sexual de la madre que ha sido escamoteado culturalmente. El escamoteo, además, no nació con el biberón sino que ha sido transcultural y transhistórico. Además, esta reclamación no pasa por una sumisión a un heterosexismo compulsivo sino que, antes bien, se compadece de modo muy fructífero con enfoques posfeministas como el de Butler, precisamente por su desafío del heterosexismo dominante y performativo en relación a los posibles objetos de deseo. En este sentido, la lactancia materna puede ser comprendida como una manera diferente, propia de ese estadio relacional madre-bebé, de ejercer la pulsión libidinal humana, de *relacionarse sexualmente* (que no genitualmente) entre criaturas humanas no genéricamente determinadas (especialmente en el caso de la criatura bebé): ni el bebé posee aún un género ni la madre se relaciona sexualmente con él *desde* su género como lo haría con una persona adulta.

Por otro lado, las nuevas técnicas de reproducción asistida han venido virtualmente a contribuir a la riqueza de este discurso y a desafiar los binarismos, en tanto que han permitido que parejas lesbianas lleven a cabo su decisión de ser madres sin intervención de un hombre, y absolutamente emancipadas de la esfera heterosexual clásica de reproducción humana. Encontramos numerosos ejemplos de parejas lesbianas que alternan y complementan sus mutuas lactancias, por ejemplo, con los hijos biológicos de la compañera, usando la lactancia como vinculación corporal-familiar no necesariamente ligada al elemento genético. Así, las posibles críticas a que esta defensa de la lactancia materna pudiera sugerir una naturalización y una *generización* tradicionales de la mujer, se ven contestadas por realidades como las de personas que no se identifican con identidades clásicas de género,

14 Hablamos de la pornografía más frecuente y habitual, destinada a consumo masculino heterosexual. No nos referimos aquí a la minoritaria pornografía diseñada para y por mujeres (por ejemplo, Erika Lust) u otros tipos de pornografía no mayoritaria, ya que resultan francamente marginales frente a la industria pornográfica mayoritaria.

pero que deciden usar su útero para gestar una criatura y sus pechos para practicar lactancia prolongada durante años, en su libre agencia y albedrío. En congruencia con ello, además, me parece interesante el uso del término *persona* lactante, madre lactante o simplemente lactante, en sustitución de “mujer lactante”, para minimizar al máximo las atribuciones tradicionales de género.

Veamos, sin ánimo de exhaustividad, algunas impresiones y comentarios significativos de madres lactantes que ofrecen distintas interpretaciones de su propia relación lactante; en todas se observa, asumiendo distintas valoraciones, el reconocimiento del potente elemento sensual, sexual o erótico:

“Mi marido le llama [al bebé] mi novio [...] Se queja de que él querría todo el sexo que él [el bebé] se lleva” (mujer lactante en el momento de la charla; aproximadamente 40 años).

“Tu pareja nunca podrá tocar tu pecho como lo hace tu bebé” (mujer lactante en el momento de la charla; aproximadamente 40 años).

“Yo les di la teta todo lo que pude... Se les quiere más, a las criaturas, cómo va a ser igual que el biberón, cómo les vas a querer igual si no se lo das... una cosa de ti, una parte de tu cuerpo...” (mujer lactante en el pasado; aproximadamente 80 años).

Especialmente en este último comentario hallamos un elemento crucial. Esta persona, muy anciana, desconocía absolutamente cualquier discurso actual desde el lactivismo o qué cosa sea la naturalización de los cuerpos. Por el contexto emocional de la conversación, quedaba patente que no estaba realizando ninguna prescripción moral o juicio negativo a las mujeres que no dieran el biberón, o cuestionando su afecto hacia su prole. Lo que pretendía expresar era que *la relación corporal* (“[...] una cosa de ti, una parte de tu cuerpo”) que se establece con el lactante hace sentir de otra manera, supone una serie de sensaciones físicas y emocionales que dan lugar a percepciones distintas con la propia criatura, y que a ella le gustaban dichas sensaciones y por ello trató de prolongarlas *todo lo que pudo*. Veamos otro testimonio que ofrece una nueva clave interesante:

“Yo le di hasta los ocho meses... me costó pero lo hice, para que tuviera su cariño, y sus defensas... luego ya pues se va canalizando todo de otra manera... yo, no sé... será por mi cultura y mis prejuicios, seguro, pero cuando veo un niño mayor mamando... no sé, como que ya no lo veo que sea tan bueno... además, tan mayor... no sé, que tú tienes tu pareja, el hijo no es tu pareja... yo como que veo que ya no es tan bueno” (mujer lactante en el pasado, aproximadamente 35 años).

Este testimonio rebela fabulosamente cómo esta persona encuentra claras connotaciones sexuales en la vinculación lactante, ese tipo de vinculación afectiva fuerte, incluso exclusiva, en el que se reconoce que puede incluso causar problemas con la propia pareja¹⁵. Esta persona llega a reconocer que tal vez esta interpretación se deba a sus “prejuicios”, en sus propios términos. No hablamos de sexualidad, nuevamente, en un sentido genital o de alcance de un orgasmo. Se trata del deseo de tener cercanía física, caricias, vinculación diaria con determinado cuerpo; un deseo que a menudo supone que disminuye el deseo de esta-

15 Odent (2007) realiza interesantes reflexiones sobre las sociedades que practican lactancia prolongada y la poligamia frente a la monogamia occidental.

blecer dicha vinculación (mas en términos adultos, genitales, orgásmicos¹⁶) con la pareja adulta si se tiene.

Reflexiones finales: la marginalidad epistemológica de los cuerpos lactantes. Propuestas para una subversión simbólica

“Hablo de cosas que existen, Dios me libre / de inventar cosas cuando estoy cantando!” (Neruda, 2003: 269).

Cómo se cuentan las historias (en la tribu, en la sociedad, en el mundo), quién y cómo narra los cuentos, son cuestiones de poder, de *colonialidad* del poder. Sobre la lactancia (también del parto) se ha contado muchas veces un “mal cuento”; se ha repetido muchas veces una historia para convencer de que es la única historia.

Para Rich el cuerpo ha sido una tierra incógnita, excluido históricamente de las investigaciones feministas por miedo a que estas fueran acusadas de esencialistas (Sánchez Gómez, en Rich, 2001: 12). Así, Rich lucha contra esta *somatofobia* considerando que la anatomía no es destino, sino la base corpórea de nuestra inteligencia, lo físico como recurso básico para relacionarnos con nuestro contexto. En mi opinión, esta ha sido también la razón por la que la lactancia materna no ha sido abordada desde el feminismo salvo, casi siempre, para denostarla: a causa, precisamente, de tal somatofobia.

“Nuevas preguntas iban surgiendo de una gama de experiencias femeninas, recientemente visibles. [...] La poesía constantemente allí: una especie de sabiduría” (Rich, 2001: 21). Así surgieron mis “nuevas preguntas” sobre lactancia. De las *experiencias femeninas recientemente visibles*. De una comprensión poética del mundo que hallaba a través de ellas. Dicho de otro modo, se trata de realidades intensamente físicas, carnales, corporales, emocionales, que solo difícilmente encuentran, a veces, camino en las palabras y gramáticas. Era difícil ahondar ahí sin el riesgo del esencialismo. De hecho, nos encontramos siempre esta dialéctica: por un lado el análisis del movimiento lactivista *desde fuera*; por otro lado las voces del movimiento en sí y sus sentimientos que, cierto es, a menudo usan un lenguaje esencialista (aunque sea de modo callejero, de modo acientífico).

¿Por qué considerar como alteridad a los cuerpos y corporalidades lactantes, por qué llamarlos no normativos, en la marginalidad epistemológica? La racionalidad instrumental, científico-técnica, individualista, ilustrada... occidental, considera el individualismo y la consecuente independencia (sea eso lo que sea) como valores fundamentales e ideales hacia los que tender. Frente a ello, los cuerpos lactantes se basan en una *relación*, en una dimensión relacional, heterónoma e interdependiente esencial. La corporalidad lactante desafía así la normatividad ética imperante sobre la independencia y el individualismo.

Los cuerpos de las madres también desafían las asunciones habituales de la normatividad de los cuerpos, ahora en lo estético: los pechos chorreantes de leche, las barrigas como globos deshinchados... Firestone (en Imaz, 2010: 76ss)¹⁷, en un arranque de supuesto feminismo exacerbado, llegó a decir que el cuerpo embarazado era deforme, que el embarazo constituye una deformación temporal de un cuerpo individual a favor de la especie y que debíamos tender a eliminar esta práctica de alteridad. En mi opinión, pasó tiempo hasta que alguien dijera algo más patriarcal que eso. Firestone dio por buena una interpretación del mundo donde un cuerpo sin posibilidad de embarazarse es la norma, lo deseable, y ya que el patriarcado había confinado la realidad de un embarazo a una situación de subordinación.

16 Hay mujeres que sí relatan sensaciones sexuales más concretas en el amamantamiento, como orgasmos o placer genital. Sin embargo, tales relatos son minoritarios frente a lo que aquí se argumenta y por ello no tomamos estas experiencias más puntuales (si bien resultan de gran interés) como unidad central en el análisis.

17 Cfr. la clásica obra de Sulamith Firestone (1970) *The dialect of sex. The case for feminist revolution*.

Había subordinado los cuerpos embarazados a su control y a la concepción individualista de la existencia humana. Firestone dio por buenos todos los presupuestos del patriarcado, sus pilares, y se limitó a intentar “ponerle tiritas”. En ningún momento se molestó en escuchar la voz de alguna mujer embarazada que pudiera estar viviendo su experiencia fuera del yugo de un esquema dominador, y acaso la disfrutara. O tal vez considerara estas experiencias como fruto de la alienación. Muy similar, por cierto, a quienes consideran que los deseos homosexuales son fruto de una alienación cultural, de algún tipo de trastorno...

Desde nuestro cuerpo, nos dice Rich (2001: 21), podemos hablar con autoridad, como mujeres; podemos partir de nuestra experiencia en primera persona, reduciendo la tentación de hacer afirmaciones grandilocuentes y abstractas e impidiendo que el pensamiento de quienes denomina “los padres blancos” nos incluya en una única categoría universal. Surge así la necesidad de abrirnos paso entre los discursos canónicos, de reunir la diversidad de adscripciones contradictorias, de ir más allá de la frontera de los discursos. Porque donde algunas feministas (y no feministas) nos habían hablado de yugo, responsabilidad, dolor, sacrificio, nosotras hemos encontrado placer, sensualidad, fluidos compartidos, enamoramiento, carnalidad, desafío político, nacimiento de nuevas identidades sociales y corporales.

Yo no llegué a la lactancia o al parto en casa a través de los libros; en un momento dado los libros fueron buenos pasajes para acallar o desmovilizar mis profundos prejuicios previos, de cuño (como pude constatar) intensamente patriarcal. Pero no, mi llegada fue a través de la experiencia, a través del mundo de la vida. La primera vez que vi a una madre sacarse un pecho en público (en un *lugar público*), con toda dignidad y orgullo, con toda *despreocupación*, para amamantar a su criatura mientras charlaba sobre asuntos diversos, algunos de alta profesionalización (esta persona tiene dos carreras, habla con fluidez varios idiomas, es una profesional en al menos dos campos distintos); o la primera vez que escuché hablar de un parto de otra manera en mi primera *ronda de partos*, una forma de contar los partos orgullosa, desafiante, desmitificadora y a la vez acuñadora de una nueva dignidad... algo hizo *click* dentro de mí y se removió.

Aquello no casaba con lo que me habían contado. Los términos epistemologías silenciadas adquirirían nuevo sentido. Yo veía poder, saber, conocimiento, control, autonomía en estas personas; *poder*, todo el tiempo; una subversión de aquella “ignorancia impuesta” (y no el propio cuerpo, la propia biología) que denunciaba Rich como fuente de la dominación. No veía sometimiento, sacrificio, dominio patriarcal o médico. Estas mujeres hablaban de cómo no “obedecían” las normas de sus pediatras sobre alimentación infantil, o cómo no lo habían hecho durante sus embarazos al no admitir ciertas prácticas de excesiva medicalización ante circunstancias especiales (medicación para la preeclampsia, etc.); manejaban bibliografía de vanguardia en inglés para rebatir tales recomendaciones obsoletas (las que no lo hacían de primera mano, se asesoraban con las otras). Contaban cómo se habían enfrentado con el equipo del hospital para tener a sus bebés con ellas tras el nacimiento. Organizaban muchas acciones diversas de forma autónoma. Veía poder, poder, poder. Autogestión, gratuidad. Revolución. Algo no cuadraba. Y así comencé a descolonizar mi imaginario reproductivo en general, lactante en particular, feminista en lo profundo.

Donde nos habían hablado de liberación de un sufrimiento sacrificial, a través por ejemplo de la anestesia epidural, nosotras descubríamos ensañamiento quirúrgico en forma de cirugías mayores innecesarias (cesáreas), pérdida de autonomía y control en un proceso fisiológico, mutilación genital femenina en forma de contraindicadas episiotomías, usurpación de los derechos y placeres de parturienta y criatura cuando se aplican protocolos posnatales desfasados y nos separan, sin que quisiéramos, sin preguntarnos. Muchas lactivistas paren en casa como gesto de autonomía, como negación a la cesión de derechos corporales, sexuales y políticos, suyos y de sus criaturas, que de forma recurrente sucede en los hospitales. Sin embargo, a menudo se ha de lidiar con la interpretación que de esta afirmación de autonomía corporal y política se realiza desde cierto “feminismo oficial”: la

acusación de “romantización” de un proceso de parto e inicio a la lactancia. De nuevo, la alargada sombra-rizoma del patriarcado. ¿Cómo no ha visto el feminismo mayoritario *desempoderamiento* en estos procesos? Y, ¿cómo no ve *empoderamiento* en los que se reclama desde el activismo?:

“¿Qué necesita saber una mujer para convertirse en un ser humano consciente de sí mismo y con capacidad para definirse [...] ¿No necesita saber cómo se han institucionalizado condiciones aparentemente naturales como la heterosexualidad o la maternidad, para arrebatarle su poder” [...] Mi sugerencia es que no es la anatomía, sino una ignorancia impuesta la que ha sido crucial en nuestra falta de poder” (Rich, 2001: 23-24).

Rich (2001: 84ss) distingue, en su profunda denuncia sobre que las mujeres hayan sido propiedad emocional y sexual de los hombres (Rich, 2001: 42), entre *institución* y *experiencia* de la maternidad. La institución de la maternidad en la historia humana ha sido, en general, una raíz patriarcal con frutos patriarcales. Dicha raíz se mantiene como rizoma en las asunciones tácitas del feminismo ilustrado, acaso en esa búsqueda de complacencia para que *se nos alabe y recompense por pensar como hombres*¹⁸, en relación con la lactancia o la reproducción en general. La lactancia materna puede ser considerada, por todo lo aducido, como una forma de diversidad sexual. Las personas lactantes presentan, además, idiosincrasias funcionales (y aquí es interesante la perspectiva de la diversidad funcional) frente a los cuerpos normativos no lactantes.

Por qué, finalmente, hablar de *descolonizar* la lactancia materna, de subvertir aquel control simbólico, epistemológico y político sobre las categorías atribuidas a lactar: descolonizarla como realidad que en sí misma beneficia a la madre (con lo cual promocionarla supone un objetivo feminista de primer orden) y al bebé en primera instancia, y al conjunto social en última instancia; descolonizarla articulando mecanismos sociales para que las personas que escojan practicarla posean un sostén socioeconómico y un reconocimiento básicos para que realizarla sea factible, de hecho, y no un acto de heroísmo como sucede en algunos casos; descolonizarla para reconocer en ella su potencial contra el adultocentrismo, en tanto que para considerarla no podemos hablar solo de madres sino también de bebés y criaturas aún sin voz pública, desde perspectivas éticas como pueda ser el utilitarismo de los intereses; descolonizarla para saber reconocer en el activismo un movimiento social de primer orden, que involucra la revolución simbólica y práctica de una realidad de interés general, un movimiento activista, altruista, que desafía en sí mismo el adultocentrismo o las clásicas dicotomías público-privado; descolonizarla para aprender a ver en ella su dimensión sexual y placentera, de posibilidad corporal, de elemento generativo y creativo de la vida social humana.

Bibliografía

AUGÉ, Marc

2004 ¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines. Barcelona: Gedisa.

CORNELL, Drucilla y THURSCHELL, Adam

1990 “Feminismo, negatividad e intersubjetividad”, en Benhabib, S.; Cornell, D. (Comps.). *Teoría feminista y teoría crítica*: 213-241. Valencia: Ediciones Alfonso

18 “[...] esto es un privilegio, sí, pero solo si a cambio no renunciáis al profundo conocimiento de los no privilegiados; a saber que, como mujeres se os ha percibido históricamente, y todavía se os percibe, como existiendo no por vuestro propio derecho, sino al servicio de los hombres. Y esto únicamente si no renunciáis a vuestra capacidad de pensar como mujeres, ya que incluso en las facultades y en las profesiones a las que muchas de vosotras iréis llegando, se os alabará y recompensará por “pensar como hombres”” (Rich, 2001: 26).

- el Magnánimo.
- DETTWYLER, Katherine A.; STUART-MACADAM, Patricia
1995 *Breastfeeding: Biocultural Perspectives*. Nueva York: Aldine de Gruyter Press.
- FAIRCLOTH, Charlotte
2011 *Militant lactivism? Infant care and maternal identity*. Londres: Berhahns Book.
- HERNÁIZ GÓMEZ, Luis; SAIZ PUENTE, María Soledad
2010 *La vida láctea: historia del amamantamiento*. Madrid: Foren21 Formación.
- IMAZ, Elisabete
2010 *Convertirse en madre. Etnografía del tiempo de gestación*. Madrid: Cátedra.
- LAGARDE, Marcela
2011 *Los cautiverios de las mujeres. Madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Madrid: Horas y Horas.
- MASSÓ GUIJARRO, Ester
2010 “Crianza, socialización y derechos humanos: reflexiones en una sociedad posindustrial”, en *Nómadas*, 125. <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/181/18112179018.pdf> (12/07/2013).
- MASSÓ GUIJARRO, Ester
2013 “Lactancia materna y revolución, o la teta como insumisión biocultural: calostro, cuerpo y cuidado”, en *Dilemata. Revista Internacional de Éticas Aplicadas*, 11: 169-206.
- MEDINA HERNÁNDEZ, Ileana
2009 “Crianza con apego: psicoanálisis, feminismo y neurobiología”. Blog: <http://www.tenemostetas.com/2009/12/crianza-con-apego-psicoanalisis.html>.
- NERUDA, Pablo
2003 *Residencia en la tierra*. Madrid: Cátedra.
- ODENT, Michel
2007 *El bebé es un mamífero*. Editorial OB STARE: Tenerife.
- PALMER, Gabrielle
2011 *The politics of breastfeeding. When breasts are bad for business*. Londres: Pinter and Martin Ltd.
- PRECIADO, Beatriz
2008 *Testo yonqui*. Madrid: Espasa.
- RICH, Adrienne
2001 *Sangre, pan y poesía*. Barcelona: Icaria Antrazyt.
- WARING, Marilyn
1994 *Si las mujeres contaran. Una nueva Economía Feminista*. Madrid: Vindicación Feminista.